

ELOGIO DEL DOCTOR ALFONSO G. ALARCON*

ANTONIO PRADO VÉRTIZ
Académico de número

El reglamento de la Academia Nacional de Medicina me ordena como un requisito el hacer hoy el elogio de mi antecesor el doctor Alfonso G. Alarcón. Este requerimiento, más que ser una orden, se convierte para mí en un honor ya que me permite, cumpliendo un deber de gratitud, justipreciar al alabarlo desde esta excelsa tribuna, tres de sus aspectos humanos fundamentales: 1) al hombre de ciencia que me deleitara con sus atrevidas concepciones, la profundidad de sus conceptos y la galanura de su estilo; 2) al maestro genial que, en su cátedra, en las Sociedades de Pediatría y en los Congresos Científicos, expusiera su verdad —quizá a veces errónea— pero siempre honrada y sincera y 3) al amigo, que, ya estuviera en el poder o en la desgracia, me extendió siempre su mano sincera, enseñándome a conocer con su consejo y ejemplo cuanto existe de verdad y de mentira en el alma incomprensible de los hombres.

Alfonso G. Alarcón nació en Chilpancingo de Bravos, quieta ciudad encerrada entonces en la austeridad de la Sierra de Guerrero, el 25 de junio de 1884 y pasa allí, en la severidad de su paz provinciana, los días de su infancia. Pero al rayar el nuevo siglo lo encontramos ya de estudiante en Puebla de los Angeles, donde escoge la carrera de Médico Cirujano y recibe su título profesional el 23 de diciembre de 1911.

No sé por qué, el médico, como el sacerdote, lleva clavada en el alma esa ansia de redención del doliente, esa hambre y sed de justicia de que nos hablara el Divino Nazareno; y así Alarcón, desde aquella prístina juventud entrega su corazón a su pueblo, a esa legión de parias que sufren y lloran en silencio su eterna derrota, su infelicidad infinita y, en su triste miseria, toda su espantosa desesperanza. Su alma de luchador ante esta tragedia no queda tranquila y forma, junto con Aquiles Serdán los primeros Clubes Libertarios de Puebla y, junto también con él, sufre la persecución, la crueldad y el odio del eterno sicario que existe siempre en toda dictadura.

* Preámbulo reglamentario al trabajo de ingreso del Doctor Antonio Prado Vértiz "Influencia del Cloranfenicol sobre la Biometría hemática del niño". Leído en la sesión del 23 de junio de 1954.

Al triunfo de la Revolución Maderista, es designado como Médico Sanitario en aquella su patria chica de adopción, Tampico, que debería de encerrar parte de su vida. Pero, a pesar de su juventud, su prestigio de hombre honrado, capaz y decente lo lleva a los escaños de la Cámara de Diputados en el año de 1913 y forma parte de aquella legislatura heroica que, habiendo sido realmente elegida por el pueblo, supo enfrentarse en un alarde de valor civil a las bayonetas, aún tintas en sangre, del usurpador Huerta y paga en la cárcel, en prisión que lo honra y lo enaltece, el pecado de querer que el pueblo, a quien representaba, fuera de verdad libre sin que conculcaran sus derechos, entonces la espada del militaroides y ahora la rapiña patológica de sus gobernantes.

Decepcionado, asqueado de ese contubernio odioso que es la política nacional, se refugia en el Puerto de Tampico y solo, autodidactamente, se hace especialista en enfermedades de los niños; y en aquella alborada de la Pediatría Mexicana donde destacan los luceros de Ortega, Torroella, Escontría y Cárdenas de la Vega, se comienza a señalar la figura del pediatra provinciano cuyos trabajos, que aparecían publicados en los Archivos de la Sociedad de Pediatría de París, eran comentados por Wilemein, Mathieu, Marfan y Ribadeau-Dumas. En la República, la Revista Médica de Tampico y la Gaceta Médica reciben su entusiasta colaboración y así sus atrevidas concepciones empiezan a destacar en el medio médico nacional y algunos de sus brillantes artículos como *Dejemos que los niños mamen según su apetito* escrito en 1922 y *El miedo del alimento* en 1924 parecen ser escritos por un pediatra norteamericanizado de esta era atómica. En 1927 en el VII Congreso Médico Nacional presenta su inmortal *Dispepsia transitoria del lactante* que amerita que, en su primera edición francesa, le escribiera el prólogo, llenándola de elogios, el mismo profesor Marfan. En el III Congreso Médico Panamericano sus trabajos de *Paludismo intrauterino y vagotonismo del recién nacido* son recibidos y comentados con admiración y entusiasmo. Ya para entonces, propuesto por tres ilustres académicos desaparecidos, los doctores Landa, Torres Torija y Silva, es aceptado, en atención a sus méritos, como Socio Corresponsal de la Academia Nacional de Medicina el 23 de octubre de 1929.

El Gobierno de la República, consciente alguna vez del valor de sus ciudadanos, lo llama a la Capital y lo hace encabezar aquel servicio, hoy extinto, que creara aquel magnífico visionario de la Higiene Materno-Infantil, el maestro Espinosa y de los Reyes. Poco después es nombrado Secretario General del Departamento de Salubridad y los entonces jóvenes médicos observamos un milagro que nunca ha vuelto a realizarse; el hecho increíble de que todo un señor Secretario no llegara a sus oficinas en un

"Cadillac" (estandarte económico de nuestros próceres gobernantes) sino en un modesto automóvil de alquiler como lo podíamos hacer cualquiera de nosotros.

Pero los hombres como él no pueden hacer política, porque Alfonso G. Alarcón tenía el alma de un Quijote y el corazón de un poeta y jamás mi Señor Don Quijote dobló la espalda ante la sin razón de un poderoso, ni los poetas que lo son de verdad cambiaron por el oro manchado de latrocinios, la santidad de sus ideales.

La Academia Nacional de Medicina lo hace su miembro numerario el 27 de marzo de 1936 y su obra académica, fecunda hasta el fin, se derrama en innumerables trabajos científicos, comisiones, jurados y lleva su alta representación en un sin fin de Congresos; que, como signos de los tiempos se alejan de la utopía y hacen un grito social de la inconformidad del médico, quien es olvidado, escarnecido y convertido en un burócrata más en esa legión de los mal pagados y explotados hasta el máximo. La Escuela Nacional de Medicina, aunque no fue hijo de ella, con esa libertad de prejuicio que la honra, le abre sus puertas y le confiere el puesto de Profesor Titular de Pediatría el 1º de enero de 1936. A pesar de sus altos cargos oficiales y de un trabajo particular abrumador, el doctor Alarcón acepta gustoso este puesto que implica grandes sacrificios y molestias de toda índole. Sólo su amor acendrado a la infancia desvalida y doliente fue el motor que lo impulsa a conseguir desde el aula donde dar la clase, hasta llevar material clínico y elementos de estudio, ya que la Facultad, desgraciadamente, carece de un Hospital Clínico Universitario.

Por esas razones dio su clase en un centro asistencial, el "José María Rodríguez", cercano a la hospitales y su cátedra fue un imán poderoso que atrajo año con año un número considerable de estudiantes. Porque pediatras eminentes hay muchos, pero se puede ser un sabio maravilloso y un pésimo profesor; y Alarcón fue un maestro nato de extremadas facultades pedagógicas a las que ayudaban su erguida figura y su cabeza nevada para imponer a la vez respeto y confianza. Su bondad innata, su claridad de expresión y su palabra florida, atrajeron también a muchos médicos jóvenes que, bajo sus auspicios, emprendieron el difícil camino de la pediatría y de la enseñanza. Su falta fue y será siempre un hueco difícil de llenar en el Profesorado de Pediatría de la Facultad que lo recordará siempre con simpatía y cariño.

La Corona Olímpica Belga, en premio a su obra científica, ennoblece sus sienes. Numerosas medallas ganadas honradamente en concursos científicos adornan su pecho y en su lecho de muerte el Gobierno del País se acuerda de que fue excelso idealista y prende en su ropa de moribundo la

medalla del Mérito Revolucionario. Pero, para mí, su más preciada condecoración es aquella su ansia de redimir la infancia de México y a ella consagra sus últimos años plasmando en un Código de Protección a la Infancia toda aquella sed de salvar al niño abandonado, al que pide limosna a la salida de los espectáculos o al que duerme, con las carnes ateridas de frío, en los quicios de las puertas sempiternamente cerradas.

El año de 1952, el remordimiento de los dioses de la política mexicana, le ofrece la Senaduría por su Estado natal. El doctor Alarcón, en su innata honradez, no acepta el cargo como una dádiva y hace, como si viviera en 1912, su campaña electoral, recorriendo todos y cada uno de los municipios de su Estado, auscultando su pueblo, oyendo sus miserias y conociendo realmente sus problemas. El voto popular verídico lo unge como Senador y de esa manera la Alta Cámara tiene un paladín que impulsa el Código de Protección a la Infancia, salvando todos los obstáculos y dejándolo listo para su discusión y aprobación del Poder Legislativo. Pero desgraciadamente va llegando el fin, el roble que antaño desafiara impertérrito al rayo, comienza a ser añoso y el alma presiente, allá en lo más íntimo, que es tiempo de volver a su Creador, y dentro de su obra poética fecunda y gloriosa recojo algunas estrofas de aquella su ORACION que nos habla admirablemente de su estado anímico:

*Aleluya, corazón,
que conservas la virtud
de aún latir con ilusión
ante las que siento son
las puertas de la senectud.
Apacible lentitud
la del paso que me avisa
que sólo queda ceniza
de la ardiente juventud.
Suena el toque de oración
y a su lamento sonoro
van las estrellas a coro
esmaltando la extensión.
Digamos con emoción
y con íntimo decoro:
¡Aleluya, corazón!...*

Y aquel corazón que había latido por todas las causas justas, por el amor a su Patria y a su prójimo, deja de vivir la mañana de un 21 de

noviembre de 1953. Muere trabajando hasta el fin, luchando contra la injusticia, contra la ingratitud y la perfidia de los que se llamaron sus discípulos y amigos que, encumbrados en los más altos puestos médicos, no vacilaron en vender a su maestro comò Judas redivivo: por los mismos treinta dineros. Su puesto de Senador fue la causa de su envidia y por ella fue atacado, injusta y cruelmente, en su lecho de moribundo.

Pero, a pesar de todo, Alfonso G. Alarcón muere como un soldado en la batalla, muere —como diría Ramón Pardo— “como mueren los héroes, como mueren los astros, con reflejos de aurora y la frente coronada de estrellas...”.

¡Maestro Alarcón que en este momento me oyes! Recoge la oración que hoy hago en tu memoria. Sé mi guía en mis labores en la Academia para que mi pobre obra, sea algún día como lo fue la tuya: fructífera, sana y honrada para esa niñez que tú quisiste tanto: la infancia infeliz de este nuestro desgraciado México...